

me subia sobre una pirámide ó sobre una montaña, y desde allí descubria un vasto mar, sobre el cual se elevaban infinitos pueblos y aldeas, con muchas calzadas para comunicarse entre ellas, y todo entremezclado de bosquecillos y de árboles frutales cuyas copas únicamente se veían. Aquella perspectiva, circunscripta por los montes y los bosques, se termina á lo lejos por un horizonte risueño y bellissimo. En invierno era otra cosa, pues ácia los meses de Enero y Febrero se parecia la campiña á una pradera esmaltada de flores. Por todos lados se veían ganados esparcidos, y una infinidad de labradores y de jardineros. Entónces estaba embalsamado el aire con el perfume de las flores, de los naranjos y limoneros, y de otros árboles; de modo que no podia respirarse cosa mas agradable ni mas sana.

Acababase esta narracion, cuando nos trajeron una merienda pitagórica, la cual comimos sobre los céspedes en la sombra del bosque. No obstante, nos dió Xenofanes un frasco de vino; y acabada la merienda, nos despedimos de aquel rígido filósofo, quien nos dijo abrazandonos: Hijos míos, no olvidéis la siguiente máxima del maestro:

« El hombre solo es dichoso bajo el escudo de la sabiduría. »

 CAPITULO XXX.

Descripcion de Leucades. Allí encuentran á Safo, y á dos Griegos infelices.

DIJE á Fanor que le acompañaria hasta Leucades. Dos motivos me animaban: el uno era curiosidad, y el otro deseo de disuadirle de un remedio tan violento. Representéle que ninguno se mataria por ser picado de una espina ocultada entre las flores; que era felicísimo en verse desembarazado de Teana; que la inconstancia y la perfidia de un sexo voluble no debia causar mas admiracion que la inconstancia de los vientos ó la ligereza de la mariposa; y que era necedad afligirse por ello (44). « Conozco, respondió, toda la fuerza de vuestra lógica, y conozco que desprecio á Teana; pero su memoria me persigue y me destroza: la amo todavía con mas furor, y veo que el salto de Leucades puede únicamente curarme. — Pero esponeis vuestra vida, Fanor. — Mas vale perderla que arrastrarla bajo el peso de las aflicciones. Además de que conozco á un hombre, nombrado Maces, que ha hecho cuatro veces aquel salto peligroso; y lejos de perecer, ha

encontrado en aquella prueba el remedio de cuatro pasiones desgraciadas. — ¿Ignorais, Fanor, el desastrado fin de Artemisa, de aquella Reina de Caria, que peleó tan valerosamente en Salamina?... Ciegamente prendada de un jóven natural de Abidos, se vió de él abandonada; y loca de zelos y de ansia de vengarse, se dedicó á perseguirle, le sorprendió en los brazos del sueño, y con un puñal le hizo saltar los ojos. Tuvo venganza aquel crimen del amor; porque los remordimientos, las memorias crueles, y el mismo fuego del cariño, irritado con mas furor en el pecho de aquella amante, la despedazaron desapiadadamente. Despechada pues, y mas apasionada que nunca, fué á buscar á Leucades un remedio á sus males, y allí encontró la muerte.»

Miéntas lo restante del viage, no me habló Fanor de otra cosa que de la ingratitud de Teana, y de su hermosura. Mil veces me juró que renunciaba al sexo ingrato y peligroso. Despues repetia su cantinela lastimosa, y á veces la cantaba yo con él; y de esta suerte llegámos á Leucades.

La isla de Leucades ó Leucates está situada en la mar Ionía, sobre la costa de la Acarnania. En una de las estremidades de la isla, frente de Cefalonia, se levanta una montaña altísima y cóncava que tiene escavada su base

por la continuada impetuosidad de las olas del mar: sobre la cúspide del promontorio se vé una roca que amenaza precipitarse á los abismos del mar, pues se presenta como suspendida en el aire. Dicese que un niño, llamado Leucates, se arrojó desde lo alto de la roca á las aguas por huir de las persecuciones de Apolo, y que dió nombre á la isla.

Muerto Leucates, se estableció un templo y una fiesta en honor de Apolo, y se precisaba á un delincuente, condenado á morir, á que se arrojara desde lo alto del promontorio. Teniase cuidado de pegarle á sus vestidos alas de pájaros, y aun pájaros vivos que le sostenian en el aire, y hacian mas dulce su caída. Muchos barquillos situados al derredor del precipicio le aguardaban para socorrerle (45).

Encontrámos en Leucades tal afluencia de viajeros, que nos sorprendió; pero pronto supimos la causa. Fué Fanor á inscribirse entre los que querian dar el salto de la roca, y le dijéron los sacerdotes que la célebre Safo se habia anticipado á él, y habia de saltar al dia siguiente; pero que prestase el juramento, y que saltaria despues que ella. Al oír el nombre de Safo, cuyos talentos, gracias y amores publicaba por todo el mundo la fama, y á quien la Grecia embelesada habia nombrado la décima Musa, pregunté á uno de

los sacerdotes ¿si seria posible verla y hablarla? — « Es difícilísimo, me dijo, que se deje ver. Su amante la ha vendido; y ciega de pesar, de amor y de zelos, viene aquí á buscar su curacion ó la muerte. Vedla allí paseandose sobre los bordes del promontorio, con el rostro pálido y caído, y con sus ojos fijos en la tierra. Medita profundamente, y parece que está inmóvil. Miradla cual anda á pasos largos, agitadísima, inflamada de cólera la cara, gesticulando, mirando al cielo, y lamentandose de sus desgracias. Ahora se adelanta ácia la estremidad de la roca. Sigamosla: reparad como sus ojos miden la profundidad. Ya retrocede: el ruido de las olas espumosas la espanta. Ya su rostro aparece mas sosegado, y pasea sus ojos por esas esparcidas rocas donde estan grabados los nombres de los amantes que verificaron felizmente el salto del promontorio. Ved como se para delante del sepulcro de la Reina Artemisa, como lo mira atentamente, y como se la desprenden del rostro gotas de sudor frio. ¿Que motivo de meditacion para Safo! ¿que relacion tan notoria entre su sensibilidad y sus desventuras!»

Continuámos acercandonos, y observando sus movimientos y su persona, con aquella ansia curiosa que escita un sugeto célebre y desgraciado.

Safo no disfrutaba del lisonjero don de la hermosura. Su estatura era pequeña, su tez morena, sus ojos poco rasgados, pero vivísimos y centelleando ingenio. El deleite, el fuego del talento y la sensibilidad se mostraban alternativamente sobre su fisonomía, ó mas bien se juntaban como colores mezclados entre sí, para componerle un rostro de los mas agraciados y atractivos; de manera que si la belleza, como puede definirse, no es mas que lo que agrada á la vista y lo que agita agradablemente al alma, Safo gozaba de aquella preciosa prerogativa.

Para tener un pretexto de hablarla, empañé á Fanor en que pidiese á Safo la primacia para el salto del promontorio. Estaba sentada sobre una roca, mirando al mar fijamente, y como si dijera: *He allí mi sepulcro.*

Nos llegámos á ella, y Fanor formó su demanda. Respondióle Safo: « ¿Tambien vos encontrásteis un monstruo de perfidia? No me admiro: hombres y mugeres, todos son ingratos; pero Faon es el hombre mas pérfido de todos. Contadme vuestras desgracias; y si los Dioses son mas crueles con vos que conmigo, yo os concedo vuestra demanda. » — Entónces Fanor le narró la traicion de Teana. — « Sufris, le dijo Safo, un reves bastante comun: no perdeis mas que una muger falsa que era de todos, que amaba á

otro, ó que á ninguno amaba, que era idólatra de sí misma, que no os debía amor ni gratitud, pues nada habíais sacrificado por ella. Pero Faon, el ingrato Faon me lo debe todo: me debe sus talentos, sus conocimientos, su celebridad, y el haber hecho inmortal su nombre, asociandolo al mio. Si Venus me negó la belleza, que es una flor muy frágil, Minerva me dió el talento y el ingenio, que son dones celestiales, y muy superiores á la hermosura. Sacrifiqué mi reputacion y mi virtud á lo que él llamaba su felicidad: yo vivia solo para él: él era el centro y el fin de mis pensamientos, deseos y afecciones: toda mi alma estaba llena de él, y únicamente para él existia: por ese traidor abandoné á todas mis discípulas, y á la jóven y preciosa Erinnea, que era mi igual en el talento: sacrifiqué al ingrato los tres grandes poetas de este siglo, Arquiloco, Hiponax y Alceo: sí, ¡Alceo que me adoraba! Por Faon me concilié el aborrecimiento de las mugeres que me han pintado con los negros colores de la calumnia (46). Por él me aparté de la senda de la gloria, y dejé las delicias de Atenas, en donde gozaba del doble placer de reinar sobre vuestro sexo y sobre el mio, á impulsos de la admiracion y del amor. Viendome viuda y señora de mí misma, me oscurecí, y huí del mundo. ¿Que no hice? Rehusé

el título de esposa, por no entristecer al amor con las cadenas, y porque el nombre de su amante era para mi corazon mas grato..... Pero ni el tiempo, ni la situacion de mi ánimo, me permiten alargar mas este discurso. Os confiaré el manuscrito donde estan grabadas mi historia y mis desdichas. ¡Ay de mí! ¡lo empecé en el sosiego de los bellos dias del amor y de la soledad! Diréis que Safo vendida, desesperada, y ya cubierta con las sombras de la muerte, tuvo tanta fuerza de alma y tanto imperio sobre su dolor, que depositó en el seno de la posteridad su infortunio y el crimen de Faon. Si perezco, podéis publicarlo; si sobrevivo, os exijo la palabra de que me lo volveréis.» — Se la dimos solemnemente. Entregónos entónces un bastoncillo guarnecido de marfil por los dos extremos, y arrolladas en él unas hojas de papiro escritas de su propia mano. — «En cuanto á la primacia, añadió, que me pedis, os la rehuso: la herida de vuestro corazon está muy somera, y no tardará en cicatrizarse; pero la mia es incurable y profunda. He tomado mi partido; ora pierda mi amor, ora mi vida, lograré descanso. A dios: necesito estar sola.» — Diciendo esto, nos saludó, y se alejó rápidamente.

En aquel mismo instante arribó una nave, de la cual bajaron á tierra dos hombres, y

subiéron al templo de Apolo. Sospechámos que serian dos amantes infelices que iban á buscar remedio á sus males. Fuimos á verlos al templo: á los dos se les traslucia en los rostros una melancolía envejecida; el uno estaba en su otoño, y el otro en la flor de su edad. Ambos sentáron sus nombres para dar el salto despues de Fanor.

Teníamos curiosidad de saber la causa de su viage. El de mas edad se apartó de su compañero, y nos llegámos á él. Le cogí, segun costumbre, la barba con la mano derecha (47), y le hice algunas preguntas sobre el jóven que le acompañaba, y sobre el triste motivo que le llevaba á Leucades. — « Ninguno tiene que sea razonable, me respondió: se le ha exaltado la imaginacion, y es de un corazon pusilánime. ¡Pluguiera al cielo que mi desgracia fuera tan quimérica como la suya!

» Ambos somos naturales de Sicione, que es uno de los mas hermosos y ricos paises de la Grecia. Habia dos años que mi compañero amaba á la bella Agarista. Estaba determinado su matrimonio; pero aquella hermosura vió en sueños á Diana calzada con coturno, con una media luna sobre la frente, y con un arco en la mano, que la mandaba, bajo pena de los mayores castigos, consagrarla su virginidad. Horrorizada con aquella vision, é

intimidada con las amenazas de la Diosa, arrojó los ruegos de su familia y los llantos de su amante, y se refugió al templo de Diana.

» Ese jóven viene desesperado á buscar su curacion en Leucades. Ya veis que la pérdida de una querida es una pérdida ligera que puede fácilmente reponerse; y con todo se cree el hombre mas desventurado del mundo, como si no existiera yo. — Le aseguré que tenia razon; me lamenté de sus desdichas sin saberlas, y le dejámos satisfechísimo de nosotros. La curiosidad, que es un monstruo lleno de orejas, nos instigó á buscar al compañero de nuestro hombre. Le divisámos grabando letras sobre la corteza de un árbol. Fingimos encontrarnos junto á él casualmente, y le dimos á entender que sentíamos estorbarle. — « No podeis, nos dijo, importunarme, porque sin duda sois infelices que venis, como yo, á buscar en Leucades el fin de vuestras penas. » — Le asegurámos que éramos muy dignos de compasion, y le preguntámos ¿si su compañero era tan desdichado como él? — ¡Ay! esclamó: ni con mucho, por mas que él lo piense: su pérdida es ligera, y su infortunio ideal; pero el mio es irreparable. Os referiré la historia de mi compañero.

Se llama Filoxenes, y está opulentísimo. Casó, no ha mucho, con Tamiris, temprana

belleza, á quien adoraba; y lo que mas lisonjeó su amor propio, fué la preferencia que obtuvo sobre Timantes, mozo amabilísimo, pero pobre. Por muchos dias fué Filoxenes feliz; pero el himeneo tiene dias nebulosos. Uno de sus esclavos le confió el secreto de que su muger habia dado una cita á Timantes, con la condicion de que él mismo habia de estar presente. Aquella cláusula no tranquilizó al esposo sorprendido, y quiso ser testigo ocular de aquella cita misteriosa. Disfrazóse con el vestido del esclavo, y á la primera vigilia de la noche (a), que era la hora dada, fué con una luz en la mano á abrir la puerta de la casa al amante desgraciado, quien, como iba tan presuroso y tan embriagado de alegría, no se detuvo á mirar á su introductor. Luego que estuviéron en el cuarto de Tamiris, se puso el esclavo fingido en un rincon, en donde la luz debilitada le permitia ver sin ser visto; pero su muger, que á lo menos era tan astuta como él, habia puesto en un frasco de escelente vino un licor soporífero. Llenó pues una copa de él, y se la dió al esclavo, diciendole que para pagarle su cuidado habia escogido el mejor vino que su

(a) Los Griegos dividian la noche en tres vigili-
as: la segunda empezaba cerca de cuatro horas despues
de puesto el sol.

marido tenia. Filoxenes, que gustaba de beber, y que no sospechaba la virtud que aquel vino escondia, se echó á pechos toda la copa. Fué pronto el efecto: cargáronsele los ojos, de manera que, por mas que se esforzaba á abrirlos, se le cerraban al momento; y aunque mas queria escuchar, nada veia. Luchó quanto pudo contra la fuerza del brebage; pero de allí á poco aprisionó todas sus facultades un sueño profundo. Aprovecháronse los amantes de tan precioso tiempo; pero, como que eran jóvenes, fogosos y enamorados, se olvidáron de medir el tiempo que pasaba. Despues de un pacífico sueño, despertó el marido, aunque sobrado tarde para su quietud. Acordóse de que no habia ido allí para dormir; miró, restregóse los ojos, dudó, y procuró recordarse las ideas. Finalmente, bien despierto ya, vió á Timantes en los brazos de su muger. Furiosamente enagenado, se levantó, gritó, se arrojó, trastornó y rompió quanto encontró al paso. Si hubiera caido un rayo á los piés de aquellos amantes felices, y si las furias se les hubiesen repentinamente aparecido con las cabezas ceñidas de culebras y agitando sus antorchas, no se hubieran asombrado tanto: quedáron confundidos y aniquilados. Pero Timantes, que no tardó en reponerse, se opuso á la furia de Filoxenes, agarró del brazo á Tamiris, y

huyó con ella. El desgraciado esposo, sediento de venganza á los principios, repudió á su muger; pero no puede sobrellevar su separacion, la llora noche y dia, y viene á Leucades á buscar el fin de sus tormentos. No es tan digno de lástima como yo. No se pierde más que una muger loca, que no le ama, y á cuya compañía volverá cuando quisiere; pero á mí me quitó Diana para siempre una amiga adorada, cariñosa, sensible, y que me amaba mucho. — Convenimos con él en que su desgracia era verdadera, y quimérica la de Filoxenes.

CAPITULO XXXI.

Da Safo el salto de Leucades.

EL dia en que Safo habia de dar el salto del promontorio, nos llegamos por mar hasta el pié de la roca. Habia infinitos barquillos colocados en semicírculo, dejando el espacio necesario para recibir á aquella desventurada. Ocho nadadores escelentes la aguardaban para sacarla á tierra. Lo alto de la roca estaba coronado de espectadores atraidos por la celebrad de la víctima. Esta habia ido al templo para que Apolo la fuese propicio. Los sacer-

dotes sacrificaron una ternera, y declararon favorables los auspicios.

Salió Safo del templo, sin flores, sin velo, con los cabellos esparcidos, y se dirigió entre dos sacerdotes á la orilla del promontorio, paseó sus ojos por todos los espectadores, y midió con sosegada vista el espacio que iba á salvar. Todo el mundo, fijos en ella los ojos, aguardaba callando el éxito de aquella prueba terrible. Entónces Safo dobló la rodilla, levantó las manos al cielo, y exclamó: « Divinidades protectoras de los desgraciados, echad una mirada de compasion sobre una víctima infeliz del amor. Si me concedéis el volver á ver mi patria, y el apagar una passion cruel, hago voto de consagrarme á los altares de Diana. ¡O Tetis, recibeme en tu seno! » Dijo, y tres veces se adelantó hasta la estremidad de la roca; y tres veces, á impulso de un movimiento involuntario, retrocedió. Los sacerdotes la exhortaron y la animaron. Por fin, levantó los ojos y las manos al cielo, tomó carrera, y se precipitó. Vimos por los aires á la infeliz Safo dando vueltas sobre sí misma, y despues la vimos dar en el abismo de las aguas, y desaparecerse de la vista de todos. Crecieron los clamores y los sustos de los espectadores. Los buzos se zambulleron para buscarla. Dos veces se la vió debatiendose y luchando contra las aguas, y

dos veces se la engulleron las olas. Por último, la hallaron los nadadores, y la transportaron á tierra: la tendieron sobre la arena, pero fria é inanimada. Apiñáronse las gentes en torno de ella, y exclamaron á voces: ¡No vive! ¡ya murió! Pusela la mano sobre el corazón, y conocí que aun tenia calor y movimiento. — « ¡Aun vive! grité: ¡socorramosla! ¡salvemola! » — La llamaron á la vida con aguas espirituosas y con fricciones; en fin respiró, abrió los ojos, los fijó sobre mí, y haciendo esfuerzos para incorporarse, me dijo: « Cualquiera que seáis, os encomiendo mi sepultura. Muero víctima del amor y de la ingratitud. Si por casualidad encontráreis á Faon, habladle de una desgraciada, á quien por recompensa de su amor ha dado la muerte. — Safo, la dije, pensad en vivir y en conservaros, para ser el ornamento y la gloria del mundo. — ¡La gloria! me replicó: ¡que quimera! su ruido no penetra en la tumba. ¡Ay de mí! todo pasa, y solo dejó moribundos en la tierra. » Dichas estas palabras, su último soplo se desvaneció en los aires. Llorábamos todos. Fanor y yo nos apartamos al instante de aquella escena dolorosa, despues de haber encomendado á los sacerdotes las exequias de aquella desgraciada, á las que prometimos asistir.

Caminábamos por la orilla del mar, pensativos y taciturnos. Quería yo dar á Fanor

tiempo para que meditara sobre aquella catástrofe. Pero, en fin, despues de un largo silencio prorumpí así: « ¡Que suerte tan deplorable la de esa muger, á pesar de su talento, de su ingenio, y de lo tierno de su corazón! — Sí, Antenor, es una muerte terrible. — ¡Y que pensáis, Fanor, del salto de Leucades, y de su modo de curar? — Qué es un modo infalible. — ¿Os queda todavía, Fanor, alguna gana de ensayarlo? — En eso iba pensando: confiesoos, Antenor, que estoy algo perplejo. — Convenid conmigo, Fanor, en que es un acto de locura. — Sí, Antenor: mucho se le parece. — ¿Queréis, Fanor, que partamos mañana? — Sí, lo quiero: ya me reconcilio con la vida, y entrego á Teana á Pluton y á Proserpina. » — Encontramos á los dos desesperados de Sicione, que tambien habian de dar el salto de la roca. Fanor les dijo que él cedia su vez al que tuviese mas prisa de los dos. « Os doy gracias, respondió Filoxenes, el remedio me parece sobrado violento: mas quiero ser marido engañado que esposo ahogado: dejo á mi compañerito la gloria y el honor de hazaña semejante. Este le replicó que no abusaria de su favor; que la bella Agarista podia votar su virginidad á la triple Hecate, á Proserpina, y á quien quisiese; pero que él no daría el salto de Leucades, ni aun por lograr las primicias de la

bella Elena. De manera que la funesta muerte de Safo salvó á tres necios de una muerte casi segura; pero los ministros del templo no habrán dejado de atribuir su curacion á la santidad del parage.

Dije entónces á los dos viajeros, que Safo me habia confiado la historia de sus amores, y que si gustaban se la leeria. Fuímos pues á sentarnos á la orilla del mar sobre un asiento de musgo y alga, y leí lo siguiente.

CAPITULO XXXII.

Historia de los amores de Safo y de Faon.

Ví á Faon por la primera vez en Atenas, bajo el peristilo del templo de Jupiter. Acababa de señalarse en los nobles ejercicios del Gimnasio; el jugo aceitoso de la oliva brillaba aun sobre su descubierto pecho. Un vello ligero, y mas suave que la yerba naciente, empezaba á apuntar sobre lo encarnado de su tez. El jóven Hilas á quien robáron las ninfas, y Cipariso que fué llorado por Apolo, no tuvieron gracias mas seductoras. Venus misma le habia adornado con el don de agradar. Recibió de ella un vaso precioso lleno de una esencia perfumada; la derramó sobre su

cuerpo, y se esparció sobre él el encanto infame de la gracia y de la belleza. Le ví, y me estremecí toda; volvíle á mirar, y me empecé á consumir una fiebre ardiente. Entré en mi casa desatinada y perdida. Prosternéme á los piés de Venus, imploré su piedad. «Hija de Jupiter, la dije, tú inflamas las ondas y el aire; tu llama penetra á lo profundo de la tierra: penetra el corazon de mi amante, haz que yo sea amada, y te reconoceré por la mayor divinidad del Olimpo.» Mi lira, aquella lira tan dulce, ya no dió mas sonidos. El día me abrumaba con su lentitud, la noche me parecia la imágen de la eternidad de los infelices. Pusoseme todo el cuerpo parecido á los que tienen la ictericia. Cinco veces habia ya el sol descrito su círculo diurno, y mi dolor era todavía el mismo. Por último, me confió á Biblis. «Querida Biblis mia, la dije, ten compasion de mí: yo soy presa del cruel amor: el jóven Faon absorve toda mi alma: corre al Gimnasio, y dile: «Safo quisiera veros,» y le conducirás aquí. Partió Biblis, y volvió con él. Asi que le ví salvar con pié ligero el umbral de mi puerta, me quedé mas helada que la nieve, y despues me puse trémula, y seguidamente ardorosa. El cruel conoció mi turbacion, bajó los ojos, y se sentó á mi lado. «Hermosa Safo, me dijo, mi corazon se os ha anticipado. Yo os